

"Mi casa es casa de oración"

(Lucas 19,45-48)

Lectura del primer libro de los Macabeos 4,36-37,52-59

Salmo: 1Cro 29,10.11abc.11d-12a.12bed

Queridos compañeros, colaboradores, familiares, amigas y amigos que nos acompañáis

El evangelio que acabamos de proclamar nos presenta un Jesús, al que quizá no estamos muy acostumbrados. Es el Jesús enojado, irritado ante lo que se encuentra.

Jesús ha terminado ya su camino y ha llegado a Jerusalén, donde se van a desarrollar los últimos acontecimientos anteriores a su muerte y lo primero que hace al llegar a Jerusalén es ir al templo. En el relato breve de Lucas solo se constata el hecho de la expulsión de los mercaderes con la razón de que han convertido la "casa de oración" en "cueva de ladrones".

Este evangelio nos permite reflexionar sobre diversos aspectos de nuestra vida.

En primer lugar, con la contradicción entre el ideal y la realidad, algo que Jesús debió experimentar cuando entró en el atrio del templo donde se hacían las transacciones necesarias para los sacrificios. El templo, el lugar a donde acudían muchos judíos, era un lugar lleno de actividad pero esa actividad debía estar enfocada a aquello para lo que existía el templo. El templo era el lugar donde Dios habitaba, en el que se le daba culto, un culto que no podía separar la alabanza a Dios del cuidado por los demás, sobre todo por los más necesitados. Son muchas las palabras de los profetas que se refieren a esta unión. Nos basta recordar al profeta Jeremías, en el capítulo 7:

“Así dice el Dios de Israel: Mejorad de conducta y de obras, y yo haré que os quedéis en este lugar. No fiéis en palabras engañosas diciendo: «¡Templo de Yahveh, Templo de Yahveh, Templo de Yahveh es éste!». Porque si mejoráis realmente vuestra conducta y obras, si realmente hacéis justicia mutua y no oprimís al forastero, al huérfano y a la viuda (y no vertéis sangre inocente en este lugar), ni andáis en pos de otros dioses para vuestro daño, entonces yo me quedaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres desde siempre hasta siempre.”

La corrupción es deplorable siempre pero más aún entre aquellos que tienen el mandato de la misericordia. Los últimos papas no han dejado de denunciarlo también hoy en nuestra Iglesia. Y lo han hecho con palabras duras, como las de Jesús: “Ministros que desgarran el cuerpo de la Iglesia, causando escándalo y desacreditando la misión salvífica de la Iglesia y los sacrificios de muchos de sus hermanos”, decía el papa Francisco en el discurso a la curia del año 2018. Palabras que subrayan la actualidad que tiene hoy este tema entre nosotros. Se impone, pues, el estar despiertos, todos despiertos, especialmente los que estamos llamados a servir al pueblo de Dios, para que no convertir la Iglesia en otra cosa.

En segundo lugar, el texto del evangelio une a esta expulsión el hecho de que Jesús enseñaba todos los días en el templo. El templo, tal como anunciaban Isaías y Jeremías, había sido purificado y Jesús toma ahora posesión de él y le restituye su función propia. Podemos pensar que eran muchos los judíos de buena fe que seguían subiendo al templo con la intención recta de alabar a Dios. Y también estos judíos como nosotros, vivirían la contradicción muchas veces entre su fe y su vida. Sin embargo, estos no fueron expulsados por Jesús, sino que les enseñaba todos los días... Si el juicio duro de Jesús se aplica a los que tergiversaban la razón de ser del templo, ahora aparece la comprensión y la misericordia ante todos los que buscaban sinceramente alabar a Dios.

También hoy la Iglesia ha de ser fundamentalmente el lugar donde la misericordia de Dios se hace presente y todos nosotros experimentamos la fuerza de la palabra de Jesús que anima y enseña. Es esa misericordia de Dios la que queremos transmitir y hacer actual en todas nuestras acciones. Así nos lo dice la EG: “Sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día” (Evangelii Gaudium 44). Así lo dice la CG 36: “permitir que la gratuita misericordia de Dios nos transforme” (cf. CG 36, d1, 18) y a ella nos lleva nuestra espiritualidad ignaciana: “La experiencia de la misericordia con la que Dios mira nuestras debilidades y nuestro pecado nos hace humildes y nos llena de gratitud, ayudándonos a convertirnos en ministros de misericordia para con todos” (CG 36, d1, n19).

En tercer lugar, el evangelio señala cómo la actividad de Jesús hizo que los sumos sacerdotes, los escribas y los notables quisieran acabar con él. La persecución siempre va a ser, de una manera o de otra, la consecuencia de actuar como Jesús actuó y, en ese sentido, no habría que temer el que nuestras acciones no siempre vayan a contar con el respaldo de aquellos que nos rodean. El discípulo no es más que el Maestro y si las acciones de Jesús tuvieron consecuencias para su vida, también las tendrán para nosotros. La semana pasada nos lo recordaban nuestros mártires del Paraguay y de la UCA.

El proceso de ejercicios nos invita a configurararnos con Jesús, que se vació a sí mismo, se aniquiló y obedeció hasta la muerte; ellos invitan a pedir persistentemente de imitarlo en pasar todas injurias y esto como consecuencia de nuestro amor a él y nuestra preocupación por todo lo que él amó.

Los cristianos queremos hacer nuestro el proyecto de Jesús, el cual pasó haciendo el bien, proclamando el Reino y sanando las heridas del cuerpo y del alma; queremos hacerlo desde Jesús y queremos hacerlo como Jesús, en un seguimiento humilde de aquel del que nos gloriamos llevar su nombre. Contigo y como tú, propondrá san Ignacio en el itinerario espiritual de Ejercicios. En compañía, porque no queremos hacerlo solos, sino unos con otros, en colaboración creciente, construyendo juntos.

Que Cristo nos conceda a todos el celo por su casa, la misericordia para con aquellos con los compartimos nuestra vida y el deseo de vivir y servir como Él lo hizo.